

Cuenta la leyenda que á la conquista se siguieron desórdenes tales, que el grupo dorio-espartano hubiera desaparecido, si no hubiese habido en él un hombre de la familia de los heraklidas que se hubiese propuesto remediar los males de su pueblo, y que, bajo la inspiracion de Apolon Delfico, dió á los espartanos leyes nuevas. Este hombre extraordinario fué Likurgo. "Nada puede decirse de él que no esté sujeto á controversia," dice Plutarco hablando de Likurgo en la novela-biografía que de él nos hace. Nosotros haremos á un lado la parte anecdótica y nos concretaremos á indicar los puntos esenciales de la constitucion que dió á Esparta en forma de preceptos sancionados por la divinidad. Las instituciones políticas de Likurgo, son, en realidad, comunes al mundo griego primitivo.

Un senado compuesto de los miembros de las familias aristocráticas que legislaban; una asamblea (*ekklesia*) que se reunía en el Agora á aprobar, sin deliberar ni votar; uno ó dos reyes que ejercían parte del poder legislativo y judicial, todo el ejecutivo (como diríamos los modernos) y que eran, al mismo tiempo, los jefes supremos del culto, eran sus elementos principales.

En tiempos posteriores se reformó notablemente esta constitucion; despues de la primera guerra de Messenia, y probablemente para dar más vigor al centro de cohesion del pueblo espartano, la ciudad creó, con el beneplácito de los dos reyes de entónces, una magistratura especial, cuyos encargados se llamaban *éforos* y que acabó por someter á una completa tutela á todos los poderes públicos, empezando por los reyes. El ascendiente extraordinario de este consejo omnipotente, fruto legítimo de la aristocracia, ha obligado á considerar á Esparta como una república oligárquica y no como una monarquía. Likurgo fué, sobre todo, un gran educador: la educacion física por los ejercicios corporales llevada al extremo, la impasibilidad para sufrir

el dolor, la práctica de todas las habilidades propias de un pueblo guerrero, como el robo, el desprecio por la vida propia y ajena, la igualdad en la mesa comun, (institucion tomada á los kretenses) etc., son todas innovaciones atribuidas á Likurgo.

Plutarco le atribuye tambien una reparticion de tierras por igual, lo que es enteramente inexacto.

Esta reforma fué atribuida á Likurgo bajo el imperio de las ideas de Agis y Kleomenes en plena decadencia de los espartanos.

Tampoco es cierto que hiciese una alteracion en la moneda, para mantener la pobreza general; está demostrado que mucho despues de Likurgo, que debe haber vivido por los años de 830 ántes de J. C., (Thucydides, Grote) Feidon, rey de Argos, dió á conocer la moneda á los griegos del Peloponeso.

Antes y despues de Likurgo, hubo hombres y sobre todo, mujeres ricas en Esparta. (Véase la *Politikeia* de Aristóteles).

Debajo de esta oligarquía pequeña, (9,000 combatientes), y que se disminuyó sin cesar, estaba el pueblo vencido que habitaba las diversas ciudades y aldeas de la Lakonia.

La aristocracia de los vencidos se componía de los *Periekos*, propietarios rurales que gozaban de ciertos privilegios, áun en medio de la sumision; y debajo de ellos estaban los ilotas, verdaderos siervos del terruño, *adscripti glebe*, que aunque podían recobrar su libertad por su señalada bravura en los combates, durante su estado servil eran tratados con increíble rigor por miedo á la catástrofe que una rebelion suya podía producir.

Así es que era permitido á los jóvenes espartanos matarlos, institucion que se llamaba la *Kripteia*, lo que explica que en cierta ocasion, segun asegura el veraz Thucydides, los *éforos* hicieran desaparecer de un golpe, sin que se haya sabido nunca de qué modo, á dos mil de los más bravos de estos infelices, que habían creído en las promesas de sus opresores.

Los dorios de Esparta no se habían confundido con los vencidos como sucedió con los demas en las otras ciudades invadidas; por circunstancias especiales, quizá por su posicion geográfica se mantuvieron aislados y como eran en tan corto número, la necesidad suprema de mantenerse unidos y fuertes para dominar eternamente á sus vencidos explica el éxito asombroso de las *retras* de Likurgo, que de seguro estaban en las costumbres ántes que en la ley, y que fueron religiosamente respetadas durante tantos siglos.

A esta constitucion artificial y bárbara, en que la fuerza era el ideal, hasta el grado de que para unir las parejas fuertes, los maridos habían olvidado sus derechos y las leyes del adulterio, se amoldaba, sin duda, la rudeza nativa de los pueblos dorios.

Desde este punto de vista, lo que se llama la constitucion de Likurgo, es un producto genuino del espíritu dorio, bajo el imperio de determinadas circunstancias: sólo así puede considerarse á Esparta como el tipo del dorismo (v. O. Muller y Grote).

Se dice que Ifito y Likurgo, reglamentaron definitivamente los juegos olímpicos por los años de 828, ántes de J. C. Medio siglo despues, se inscribía el triunfo de Korebos y se abría en 776, ántes de la era vulgar la primera olimpiada.

DESDE LA PRIMERA OLIMPIADA HASTA SOLON.

Aunque se puede decir de un modo general que en la primera olimpiada comienza el primer período de la historia de la Grecia, sería inútil buscar, sin embargo, ni series encadenadas y auténticas de sucesos, ni rasgos de una historia verdaderamente colectiva de los helenos. Poco á poco van viniendo á la historia despues de la primera olimpiada los diversos miembros del agregado helénico, con una cauda de anales mitológicos y legendarios que va á confundirse en el comun depósito de la edad mística y legendaria, en donde

hasta las tradiciones de la aldea más insignificantes tienen su raíz. Las luchas médicas, su preparacion y sus consecuencias, sobre todo, la rivalidad de Esparta y Atenas, cuyo corolario es el agotamiento de la savia helénica, lo que hace fáciles los triunfos efímeros de los tebanos y la absorcion de la Grecia por Filipo y Alejandro de Macedonia, son los sucesos positivamente históricos del helenismo antiguo, y todos ellos quedaron comprendidos en el segundo período desde Solon inclusive, hasta la reparticion del imperio de Alejandro. El fin de este período es oscuro como todos los períodos de decadencia y termina con la preponderancia definitiva de Roma en el mundo griego.

Miéntas en algunas ciudades de la Grecia continental se suceden las revoluciones interiores como la limitacion del arcontado en Atenas, (754), y la monarquía corintia se cambia en la oligarquía de los Baquiades, (745), miéntas las colonias del Asia menor toman admirable incremento y pueblan el Helesponto y las costas del Euxino con sus factorías y colonias, (Asistoba en Mysia, Tios en Paflagonia, Fase, en la Kolquida, Dios-Kurias, etc., fundadas por Mileto en 750), por la sétima y octava olimpiada un hecho nos demuestra que Esparta ocupaba todavía en la familia dorica y en el Peloponeso un papel muy secundario y que el primero lo tenía Argos.

Un rey de Argos, heráklida por supuesto, Feidon, puede llamarse el último gran representante del predominio argivo.

No sólo fortificó el poder real, muy decadente ya, y volvió á restablecer la liga federal de varias ciudades bajo la hegemonía de Argos, sino que tomó parte activa en los asuntos del Peloponeso, intentando, aunque sin éxito, subyugar á los corintios y tomando parte en la cuestion de la presidencia de los juegos olímpicos entre los de Pisa, vencidos, y los de Elide, vencedores.

Feidon se declaró por los primeros y presidió los juegos de la octava olimpiada

que los de Elide rehusaron contar en la serie; pero los espartanos vinieron en auxilio de éstos, derrotaron á Feidon y consagraron los derechos de los eolios conquistadores.

Feidon unió también su nombre al de la introducción de la moneda en el Peloponeso; la hizo acuñar en Egina y todos los dorios la aceptaron; poco después los jónicos adoptaron el tipo euboico.

Las guerras messenias.—Pausanias habla largamente de estas dos guerras, pero sus fuentes son Rhianos, que compuso un poema sobre dichas guerras, cuyo protagonista era Aristómenes, por los años de 220 antes de J. C., y Myron de Priene, que escribió en el siglo III después de J. C. Estos autores recojieron las leyendas que habían corrido por la Grecia, después de la restauración de Messenia por Epamimondas, y que son más que sospechosas, inaceptables para el historiador. En las dos guerras figura un personaje romanesco, Aristómenes. Unos lo colocan exclusivamente en la primera, otros, como Pausanias en la segunda; y algún autor moderno quiere que hubiesen habido dos, para conciliar las opiniones. Según Pausanias, la primera guerra, estalló después de una grave ofensa hecha en el santuario de Artemis á las jóvenes espartanas, (según la versión messenia, estas jóvenes eran hombres disfrazados de mujer y armados), y de una viva reyerta entre un messenio vencedor en Olimpia y un espartano. Los lacedemonios rompieron las hostilidades, bajo la dirección de sus reyes, uno de los cuales, Theopompo fué el verdadero héroe de esta guerra.

Después de varios años de lucha, los messenios se vieron obligados á guarecerse en la montaña de Ithomo, en donde habiendo aconsejado la Pythia de Delfos, que se sacrificase á una vírgen de sangre real, para la salvación del pueblo, Aristodemos mató á su propia hija, inútilmente porque se había desposado sin que su pa-

dre lo supiese; después de dos grandes batallas, en una de las cuales los corintios se ponen del lado de los espartanos y los de Arkadia y de Sikyone del lado de los messenios, y cuando se hubo dado muerte á Aristodemos, los espartanos se apoderan de Ithomo, arrasan la fortaleza al cabo de veinte años de lucha y reducen á los vencidos á la condición de ilotas.

Treinta y nueve años después, estalla la segunda guerra.

Esta vez el caudillo de los messenios es un Aquiles, Aristomenes, el héroe de los himnos de las jóvenes messenias en los días de proscricción, el que ofreció tres veces la hecatonfonía á Zeus, sacrificio que sólo podían hacer los que habían matado con sus manos cien enemigos en el combate.

La primera batalla fué de resultado indeciso; en la segunda fueron derrotados los espartanos, pero en la *Tumba del javalí*, triunfan gracias á la traición del rey arkadio Aristokrates.

Entonces Aristomenes se refugió en la fortaleza de Eira, sobre el río Nedon, y allí resistió once años, hasta que abriéndose paso entre el enemigo con un puñado de bravos, dejó el Peloponeso y fué á morir á la isla de Rhodas. Nada decimos, por supuesto, de las aventuras del caudillo messenio, de sus incursiones al corazón mismo de Esparta, de su salvación milagrosa cuando sus enemigos lo arrojaron á un abismo del que salió agarrándose de la cola de un zorro, etc.

Un hecho que sí tiene todos los visos de histórico, es la intervención en la segunda guerra, del poeta Tyrteo, enviado, según algunos, como único contingente por los atenienses á los lacedemonios y que contribuyó con sus cantos á las victorias de éstos en el exterior y á la paz en el interior (*einomía*).

La disciplina, dice Grote, en que pasaba su vida un espartano, consistía en una mezcla de ejercicios guerreros, sociales y

religiosos. Mientras que el individuo adiestrado por la gimnástica, practicaba sus lecciones de fatiga, de paciencia y de agresión, los ciudadanos se mantenían constantemente en el hábito de los movimientos simultáneos y compasados en las marchas guerreras, las danzas religiosas, y las procesiones de una naturaleza puramente social. La música y el canto, empleados siempre para dirigir el ritmo y alimentar la vida de estos movimientos en la multitud, se asociaron á los sentimientos más poderosos, nacidos de la abnegación habitual de un espartano, y sobre todo, á esas simpatías que se comunican de un golpe á una asamblea. Efectivamente, el músico y el cantante, eran las solas personas que se dirigían á los sentimientos de una asamblea lacedemonia; además, la sencilla música de esas épocas lejanas, aunque desnuda de mérito artístico, tenía sin embargo, un carácter moral, pronunciado; tenía más poder sobre los movimientos y resoluciones de los oyentes, que la música más agradable al oído, de los tiempos posteriores. Luego, cada género particular de música, tenía su defecto intelectual distinto: el género ó modo frigio inspiraba un salvaje entusiasmo que iba hasta la locura; el modo dorio producía una resolución firme y reflexiva, exenta á un tiempo de sentimientos desesperados é impetuosos. (History of Grece. V. I.)

En resumen, ¿qué se puede afirmar sobre las guerras messenias?

Sabemos que antes de ellas, Esparta se había ido ensanchando con las conquistas de Amikle, de Faris, de Geronthre, por el rey Teleklos; que una vez conquistada la Lakonia, tendió la vista más allá del Taigetes, su límite occidental y que por una cuestión de fronteras emprendió la primera guerra el año de 743, antes de J. C., que al cabo de veinte años concluyó con la ruina total de los messenios. Pasadas dos generaciones, los vencidos, que según Tyrteo, parecían asnos rendidos al peso

de la carga, se sublevaron, y por los años de 648 empezó la segunda guerra. Duró diez y siete años y acabó con la reducción definitiva y dispersión de los messenios y con la anexión á la Lakonia de la comarca feraz, regada por el Pamisos al O. del Taigetes. Los vencidos que pudieron huir se dirigieron á diversos puntos de la Grecia y de las Colonias, y se sabe que en Arkadia fueron favorablemente acogidos.

Como probablemente entre los diversos pueblos del Peloponeso que tomaron parte en la lucha, los de Pisa, por su viejo resentimiento con los de la Elide favorecidos de los espartanos, tomaron parte en favor de los messenios, y aún llegaron á presidir los juegos de la 34.ª olimpiada; puede asegurarse que una de las primeras consecuencias de la victoria de Esparta fué la irrevocable sumisión de los de Pisa á los conquistadores etolios.

Pero el resultado más importante de este período, es que al fin de él se marca ya la preponderancia de la ciudad de Lirurgo en el Peloponeso.

En los tiempos posteriores esta preponderancia fué en aumento. Después de los messenios tocó su turno á los arkadios. Era la Arkadia la parte central del Peloponeso, habitada por tribus incultas que generalmente llevaban vida pastoral, y cuyo origen probablemente pelágico, las hacía considerar como aborígenes por el resto de los griegos. Mantuvieron su estado de rudeza nativa, hasta en tiempo de Epamimondas á quienes se presentaron muchos arkadios armados con mazas.

Sin embargo, no sólo había aldeas y villorrios en Arkadia; hubo algunas ciudades aún antes de la fundación de Megalópolis en la 102.ª olimpiada, (371). Tegea sobre las fronteras de la Lakonia. Mantinea, sobre las de la Argolide y Oromenos al N., eran las principales.

Esparta fué conquistando lentamente los burgos fronterizos hasta acercarse al territorio de Tegea.

Á las guerras con Tegea está ligada la leyenda de la traslación secreta á Esparta de los huesos gigantes de Orestes, ocultos en un pozo de una fragua en Tegea; desde que estuvieron en posesión de este talisman, según lo había predicho oráculo de Delfos, los espartanos lucharon con mejor suerte; y Tegea, aunque conservó su independencia, reconoció la supremacía de Esparta.

Estaban pues, aseguradas por ese lado las fronteras laconias.

Entonces la ciudad de Likurgo volvió los ojos á la Argólida, en donde Argos no podía sostener ya su antiguo predominio sobre el Peloponeso.

La lucha con los de Argos está sembrada también de anécdotas, una de las cuales, el duelo entre trescientos argivos y trescientos espartanos, de los que quedaron dos argivos que corrieron á Argos á anunciar su victoria, y un espartano que permaneció sobre el campo de batalla declarándose vencedor, es muy conforme con las costumbres del tiempo. El resultado de la contienda, fué que los espartanos conquistaron la faja meridional de la Argólida, habitada por los kinurios, antiguos jonios reducidos por la conquista doria al estado de periekos ó vasallos rurales, y que se llamaba la Thyreatide.

En todas estas guerras ganaba Esparta la rectificación de sus fronteras, de modo que cuando á mediados del siglo VI, antes de J. C., se vió dueña de las dos quintas partes del Peloponeso, su situación geográfica, era verdaderamente admirable.

Al S., al E. y al O., bañaba el mar las costas de la Lakonia; costas escarpadas y de muy difícil acceso para las tropas de desembarque; en el centro estaba la capital á donde convergían los caminos que pasaban por los desfiladeros de las montañas, todos perfectamente defendibles.

Así es que Esparta no necesitaba murallas, la naturaleza la defendía. Si á esto se agrega la falta de disturbios interiores

por el respeto ciego á la constitución, su organización militar tan superior á la del resto de los griegos, en que el mando estaba tan perfectamente distribuido, se comprenderá por qué tan pronto aquel estado dorio llegó á ser el primero no sólo en el Peloponeso, sino en la Grecia entera.

Por eso cuando Kresos buscó en Europa aliados contra los persas, á los espartanos se dirigió como los genuinos representantes de los helenos y de su poder militar.

Acaia, Corinto, Sikyone, Megara.—Los tiranos.—Sólo escapaban por la época que vamos historiando, á la influencia directa de Esparta en el Peloponeso, la Argólida que con las conquistas de Mykenæ, de Tiryns, célebres en el ciclo heroico, y de Kleonæ, que ejercía la agonothesia ó presidencia de los juegos nemeos, se esforzaba infructuosamente en recobrar su antigua grandeza, y en el N. de la península, la Acaia banda de tierra entre el golfo de Corinto y las montañas de la Arkadia, en donde se habían refugiado los aqueos que habitaban la Lakonia después de la invasión doria, expulsando de aquella comarca á los jonios. Su gobierno era monárquico al principio, pero después cada una de las ciudades aqueas asumió su soberanía formando una liga federal, con fiestas y sacrificios comunes en el templo de Zeus Homarios. Además de la Acaia, y también en las costas septentrionales de la península, y en el istmo florecían Sikyone, Corinto y Megara.

Poseemos pocas noticias de Sikyone y de su situación interior desde que la conquistaron los dorios. Como en todas las ciudades griegas, á las dinastías de la edad heroica sucedió una oligarquía y á ésta una tiranía ó gobierno personal ilimitado. Hacia 676 antes de J. C., Orthagoras, ayudado quizá por los vencidos en la conquista doria, subió desde su oficio de cocinero al primer rango del Estado. Su hijo Kleisthenes, lleno de aborrecimiento por los

dorios no perdonó medio de ultrajarlos, hasta impedir á los rapsodas cantar las hazañas de los héroes que sitiaron á Tebas, porque eran argivos y Argos era la más venerable de las ciudades dorias, y proscribir el culto de Adrastos, que tenía un templo en Sikyone. Con él concluyó la dinastía.

Una de las narraciones más interesantes que á aquellos tiempos se referían, es la de la convocatoria que hizo Kleisthenes á los que pretendieran la mano de su hija Agarista; de toda la Grecia llovieron novios; la hija del tirano se casó con un alkmionide de Atenas, Megaklés, de cuyo matrimonio nació Kleisthenes el padre de la democracia ateniense.

Algunos historiadores aseguran, aunque sin pruebas suficientes, que la dinastía de los orthagoridas fué destruida por los espartanos, los grandes restauradores de la aristocracia en el mundo helénico.

Sabemos que en Corinto después de la conquista doria, la monarquía primitiva se había disuelto en la célebre oligarquía de los bacquiades.

Kypselos, que pertenecía á la familia de los alpitás, y que era hijo de una bacquiade, apoyado en el pueblo arrojó á los oligarcas y reinó treinta años, (655—625), moderadamente según Aristóteles, y cruelmente según Herodoto.

Su hijo Periandro, que algunos cuentan entre los siete sabios de la Grecia, era un hombre inteligente y bravo, protector de las letras y de las artes, pero opresor inhumano, incestuoso y cruelmente astuto; á él y á su contemporáneo Trasybulo, despota de Mileto, se achacan las máximas sangrientas que pusieron en práctica los tiranos griegos.

Otros aseguran que se le ha calumniado, que era un hombre religioso, (hacía magníficos presentes á los dioses), enemigo del lujo etc.

Corinto, que ya en el siglo VIII era una potencia marítima de primer orden, de

cuyos arsenales salió la primera *trireme*, que cruzó los mares, de cuyo seno salieron colonias tan importantes como Korkira y Siracusa (11.ª olimpiada), y que el año de 664 libró contra la primera de estas colonias, la primera batalla naval que Thucydides conocía, llegó en tiempo de Periandro á un alto grado de esplendor. Su reinado duró cuarenta años, (625—585 antes de J. C.), con su sucesor que reinó tres años, se extinguió la dinastía kipselida. Según Plutarco los espartanos destruyeron esta tiranía.

Cuando Periandro comenzaba á reinar en Corinto, Theagenes, un demagogo de Megara, usurpaba el poder en esta ciudad, también doria, cuyo territorio confinaba con el Ática.

Fueron los vencidos de la conquista, los pobres del campo, vestidos de pieles, los siervos de la gleba, los que ayudaron á Theagenes en esta revolución que más que para cambiar la forma de gobierno, parecía dirigida contra los ricos y contra la usura.

Una revolución interior arrojó al tirano, pero á poco fué vencida de nuevo la oligarquía y este período de conmoción social, duro bastante.

Una de las víctimas de estas revueltas, el poeta elegiaco Theognis, las ha recordado en versos que respiran el desden por la plebe triunfante, el dolor por las pérdidas de los aristócratas y una implacable sed de venganza.

Grote cita estos tres *specimen* de gobiernos tiránicos, el de Sikyone, el de Corinto y el de Megara, como una muestra de lo que en los siglos VII y VI pasó en la Grecia y en sus colonias, el advenimiento de las tiranías.

La causa de este fenómeno está, sin duda, en un principio de expansión de los sentimientos populares, traído por el progresivo desarrollo de la cultura y de las aspiraciones de las masas populares.

Aunque parezca extraño, y supuesto

que apesar de sus íntimas divisiones políticas, el conjunto del helenismo en Grecia, en Italia y en Asia seguía sin desagregarse un movimiento general, la mayor parte de los pueblos de la Hel-las, sufrieron á un tiempo cambios interiores que eran el anuncio del advenimiento al gobierno de la parte más numerosa de la población, de lo que nosotros llamamos *el pueblo*. Efectivamente, el ensanche de las comunicaciones, es decir del comercio, el de la industria, en una palabra, el aumento de las necesidades y de los medios de satisfacerlas, creaba fuera de la nobleza tradicional, y en el seno de las clases trabajadoras, grupos de individuos ricos y poderosos, que, como ha sucedido en todas las épocas de la historia, fueron la vanguardia de las clases populares en la lucha contra la aristocracia, formando despues una aristocracia nueva, combatida á su tiempo por la democracia y así en una repetición indefinida del mismo hecho bajo distintas formas, puesto que la existencia de una clase predominante ó aristocracia es una ley ineludible de toda sociedad. El carácter propio de este principio de la lucha contra la oligarquía, es que la necesidad de una acción enérgica para vencer á un enemigo, cuyo poder tenía raíces en la historia y en la religión de cada una de las ciudades griegas, pedía una violenta concentración del poder; de aquí es que los caudillos más ó menos conscientes de la revolución democrática, fueran una especie de monarcas; los helenos les llamaron tiranos.

La monarquía heróica se había ido extinguiendo á medida que el principio de la degeneración por el heredismo sin cruzamiento iba produciendo sus efectos; los reyes de origen mítico, de derecho divino, como ahora diríamos, eran sólo propios para las sociedades patriarcales de la edad homérica, pero el nuevo orden de cosas que sucedió á la invasión doria, tendió á dar una organización más laica, si se nos permite el término, á la ciudad; en este

sentido al advenimiento del régimen oligárquico fué un marcado progreso, porque dió bases meramente humanas á la sociedad y preparó así las transformaciones sucesivas.

El rey, ya lo veremos cuando estudiemos en la historia de Atenas el tipo de organización de una ciudad helénica, guardaba sus funciones sacerdotales y su nombre "*basileus*" y sus pares formaban senados *bulé*, que con una pequeña colaboración de la asamblea popular *ekklesia*, legislaban, juzgaban y administraban. Sin embargo, el germen de la división de poderes, síntoma claro de diferenciación en una sociedad civil que se integra, lo que equivale á un progreso del agregado orgánico, se nota ya desde entonces.

Ciertamente esto que puede llamarse la teoría del tiranismo helénico, no absuelve á los tiranos que surgieron tanto en el Asia menor como en la Grecia y en las islas. La mayor parte de ellos fueron ambiciosos sin conciencia, pero destruyendo el prestigio de los oligárquicos, abrieron paso á nuevos elementos sociales; las aristocracias que se aislan de estos elementos perecen y esto sucedió con las griegas.

Unos tiranos fueron demagogos armados, otros simples aventureros militares que oprimían juntamente á los nobles y al pueblo; alguno (Pytako), fué un dictador nombrado por el consentimiento general. Casi todos protegieron las artes, la poesía, el culto, y trataron de hacer beneficios al pueblo; pero, muertos ellos, sus hijos fueron impotentes para mantener el prestigio paterno, y desaparecieron.

Concluida la época de los tiranos, dominó en todo griego, democracista ú oligarquista, un sentimiento invencible de repulsión por la monarquía, por el gobierno irresponsable de un hombre; este rasgo del carácter helénico bastaría para diferenciar el mundo oriental que hemos dejado, del mundo de Occidente que vamos á recorrer.

Era aquel el país de la sumisión, este es el de la libertad; la libertad fué primero un instinto en el griego, despues fué un culto reflexivo y pudo perderla, pero nunca dejó de adorarla.

Dice Thucydides que Esparta contribuyó á derrocar á los tiranos; esto no está enteramente probado, pero sí lo está que sus simpatías y sus intereses la condujeron siempre á proteger á las aristocracias, que no murieron con el advenimiento de los tiranos, sino que resucitaron despues, no como un poder incontestable, sino como un poder en combate con la democracia.

Ésta es la clave de las intestinas discordias de los helenos y de la rivalidad, fatal para la Grecia, entre Esparta y Atenas.

ATENAS.—*La formación de la ciudad*. Cuando se habla de Atenas ó de Roma, las dos ciudades por excelencia del mundo antiguo, es un deber para el historiador penetrar en los secretos de su origen, que son en parte, la clave de su destino singular. Estos orígenes son semejantes, si no idénticos, y su estudio permite la construcción de un tipo ideal de formación de la ciudad en los pueblos de origen indoeuropeo.

Como parecerá natural á todos los que estén iniciados en las revelaciones de la primitiva historia de los antiguos, la celdilla, complexa ya, del organismo social es la familia, y nosotros sólo llamamos así al grupo humano constituido bajo el régimen patriarcal; durante el régimen de la promiscuidad, ó en el período de transición en que siendo sólo conocida la madre, ella era el jefe de la asociación matriarcal, no se puede decir que la familia como conjunto orgánico estuviese definitivamente formada. Sin duda la religión contribuyó á consolidar este progreso, del que fué paralelo el desarrollo del culto de los antepasados.

En nuestro tiempo se dividen el campo de la historia de las mitologías dos escuelas principales, la mitológica y la evolu-

cionista. Segun la primera, "las fuerzas de la naturaleza, primero concebidas y adoradas como impersonales, acaban por ser personificadas á causa de ciertos caracteres adheridos á las palabras que se le aplican; despues fué cuando se formaron las leyendas sobre las personas identificadas con esas fuerzas naturales". La escuela evolucionista demuestra, basándose en sólidas inducciones, que partiendo de la personalidad humana como elemento primitivo, "la identificación de esta fuerza natural con una fuerza ó un objeto natural, viene de la identidad del nombre, y por consiguiente, el culto de esta fuerza natural, nace en segundo lugar" (Spencer—*Sociology*—T. I.)

Segun este sistema del culto de los antepasados vino el de los espíritus, y de aquí la idolatría y el fetiquismo con sus aberraciones; más aún, el culto de la naturaleza, del sol, de los astros, del mar, etc., es también una forma del culto de los antepasados, que perdió más que los otros los caracteres exteriores del original, (ob. cit.)

El culto de los antepasados, sirvió de vínculo á la familia; el hogar era el altar del sacrificio á los muertos, á sus sombras, á los manes, á los lares que eran dos modos de expresar la misma cosa.

Cuando los diversos grupos de la familia aryo-europea empezaron á desagregarse, ya la familia estaba constituida y con ella el culto primordial, como lo demuestra la igualdad de las raíces de los nombres que se refieren á la familia en sus diversos grados, en el sanscrito y en los idiomas europeos.

Cuando los jonios se posesionaron del akropolis de Atenas y del Ática, la familia se había ensanchado; se había convertido en la *genos* de los helenos que es lo mismo que la *gens* latina; el tronco principal de la familia, y sus ramas reconocían la autoridad del padre de familias, que era en su pequeña asociación *el rey* con dere-

cho de vida y muerte sobre todos los miembros, y el Pontífice Sumo, que celebraba en el altar comun el culto del antepasado que daba su nombre á todos los individuos de la gens (1). Cada una de aquellas grandes familias, en donde todos estaban unidos por lazos de parentesco, tenían su derecho civil propio, además de sus ritos secretos; su base podía ser sumamente amplia, porque la formaban los clientes, es decir, los servidores ó esclavos, que no por serlo dejaban de formar parte de la familia, en calidad de bienes ó cosas, en una categoría inferior; pero no esencialmente distinta de aquella, sino en la forma, (los hijos eran personas), porque unos y otros podían ser vendidos.

Estas clientelas, en donde las razas vencidas entraban por mucho (los thracios y los pelagos en Aténas), fueron la base del pueblo, del *demos* griego y de la *plebs* romana. Llegó un momento en que una revolución se verificó; la *gens* se ensanchó por alianza religiosa con otras *gens* y se constituyó en Aténas la *fratria* y la *curia* en Roma; subsistieron los cultos particulares, pero hubo además, un culto nuevo y comun á los confederados. Luego la *fratria* y la *curia*, crecieron también por agregación de otras *fratrias* y de otras *curias* y se formó la *tribu*.

El lazo religioso era el culto de un héroe, que era también un antepasado mítico; los jefes de las tribus se llamaron tribunos en Roma y *filobasileos* en Grecia. La tribu tomaba su nombre del héroe, que por esto se llamaba eponimo. La tribu fué para muchos pueblos aryas la última etapa de la evolución social; cuando de allí pasaron, fué bajo la presión de los conquistadores ó por el ejemplo de sus conquistados (Celtas, Germanos, etc.) La reunión de las tribus en un culto comun, con un hogar comun, formó la ciudad.

(1) En esto que puede llamarse la teoría de la ciudad primitiva, seguimos la excelente obra de M. Fustel de Coulanges, "La Ciudad antigua".

Obra atribuida á Rómulo en Roma y á Theseo en Aténas, la ciudad fué primitivamente una verdadera confederación; cada tribu guardaba su independencia en lo que no dañara al vínculo federal y con su independencia, sus ritos especiales y su derecho propio; el jefe de la ciudad, el *rex* romano, el *basileo* ateniense, lo era también del ejército y del culto comun; por eso sacrificaba, asistido de los jefes de las tribus en el *prytaneion*, (prítaneo), ú hogar de la ciudad, pero no reemplazaba en manera alguna, al padre de familias, que guardaba su culto propio y su derecho de hacer justicia sobre los miembros de sus gentes. Los jefes de éstas, los eupátridas en Aténas, (patricios en Roma), formaban el senado, [*bulé*], y el resto de los miembros varones en determinadas condiciones componían la asamblea pública, *ekklesia*.

Tal es el estado general de las ciudades griegas que nos revelan los poemas de Homero.

Hemos hecho en brevísimos rasgos la historia real de la primitiva Aténas, la del nacimiento de sus instituciones primeras. Respecto de los pueblos cuyos antiguos anales están envueltos en mitos, la crítica histórica procede así: hace á un lado todos los elementos legendarios y busca el hilo de las instituciones que revelan las costumbres y las tendencias primitivas de cada grupo humano, y el resultado de este análisis, es lo único que considera como objeto digno de la historia. Nosotros vamos á colocar lo que sobre Aténas hemos dicho en su cuadro mítico, sin querer reducir la fábula á historia, empresa que sobre ser inútil en obras del género de la presente es ocasionada á extravíos de imaginación tan fuertes y ménos disculpables que los que se trata de depurar.

Para no fatigar á nuestros lectores, seguiremos el grupo de leyendas más ordenado sobre el origen de Aténas, descartando sus contradicciones con otros datos tomados de fuentes distintas; eran estas innu-

merables; baste decir que cada *demos* ó aldea del Ática, tenía sus mitos especiales.

Ogyges fué el primero que reinó en el Ática.

En su tiempo tuvo lugar el diluvio que lleva su nombre y que fué 250 años anterior al de Deukalion.

Entonces, según datos admitidos por algunos eruditos modernos, los pelagos ó tyrrenos, ocupaban el Ática y extendían su imperio hasta las márgenes del Danubio; ellos construyeron el primer recinto del Akropolis. Según Platon, este imperio se vió amenazado por los iberos que venían de la Atlántida y que libraron una gran batalla á los pelagos, acandillados por los atenienses; la lucha terminó á consecuencia de una inundación; el diluvio de Deukalion, que es el prólogo de la aparición de las razas helénicas en aquellas comarcas.

Según el mármol de Páros, por los años de 1582, antes de J. C. reinaba en Aténas Kekrops, el hombre-serpiente. En su tiempo Athené y Poseidon se disputaban los homenajes de los atenienses; la diosa les regaló un olivo y Poseidon hizo brotar en la roca del Akropolis un pozo; Kekrops hizo decidir la cuestión en favor de Athené, que fué la diosa eponima de la ciudad.

Entre los reyes que se sucedieron, mencionaremos á Erictonios, que colocó en el Akropolis el *Jeladion*, estatua de madera de Athena, que había caído del cielo. En tiempo de su sucesor Pandion, Deméter y Dionysos vinieron al Ática. Esto significa para algunos eruditos una invasión de thracios en Eléusis, en donde fundaron el culto de Deméter, es decir, que enseñaron el cultivo de los cereales á los pelagos que allí habitaban.

Pandion fué padre de Erecteo, de Butes, jefe de la ilustre familia eupátrida de los eteobutades, y de Prokné y Filomela, (la golondrina y el ruiseñor), heroínas de una deliciosa leyenda dramática.

Erecteo sucedió á Pandion.

La historia de este personaje, que es, según algunos, el dios Poseidon, está ligada á la invasión del Ática por los jonios (1) á su alianza con los pelagos y á su lucha con los thracios de Eléusis, acandillados por Eumolpos (el jefe de la casa eupátrida de los eumolpidas, sacerdotes de Eléusis). Ion, según los autores trágicos, sucedió á Erecteo, es decir, los jonios se hicieron dueños del Ática y mantuvieron á los pelagos bajo su dominio ó los expulsaron. Inútil es decir que viniendo jonios y pelagos de un mismo origen, pronto se fundieron los unos en los otros. Ion repartió la población del Ática en cuatro castas.

Después de Ion viene Egeo y su hijo Theseo.

El primero es el dios Poseidon, el segundo el Heraklés ateniense. No podemos contar, ni compendiadamente, las hazañas de Theseo. Nos referiremos solamente á algunas de las principales.

Minos rey de Kreta, había en otro tiempo hecho la guerra á los de Aténas, que para librarse de la ruina, habían consentido en enviar á la isla de Minos cada nueve años siete mancebos y siete doncellas que debían servir de pasto al *minotauro*, monstruo de origen bestial, encerrado en el fondo del laberinto de Dédalos, y que según algunos eruditos, era una estatua de Baal-Molok, el dios-toro de los fenicios que introdujeron su culto en Kreta. Las víctimas se embarcaban en la *paralos*, nave que constantemente reparada subsistió hasta en los tiempos posteriores á Alejandro Magno. La tercera vez que hubo que pagar el tributo, Theseo se embarcó también, ayudado de Arriadna, á quien abandonó después, mató al *minotauro* y salió del laberinto.

Volvió triunfante á Aténas, pero se olvidó de cambiar las señales de luto con

(1) Según la fábula, Ion fué hijo de Apolon y de Kreusa, hija de Erecteo. Ion fué adoptado después por Xuthos, marido de Kreusa.

que la *paralos* entraba al puerto, de vuelta de su lúgubre expedición.

Egeo creyó muerto á su hijo y se precipitó al mar que tomó su nombre, (Mar Egeo).

La *paralos* sirvió despues para conducir á los *theoros* de Aténas á las fiestas de Apolon y Artémis en Délos.

Durante su viaje no se podía ejecutar á ningun condenado; su vuelta anunció un día la muerte de Sókrates.

Otra de las aventuras de Theseo es su lucha con las Amazonas. A estas mujeres, de cuya existencia no dudaron nunca los antiguos, y que la leyenda ha derramado desde la Atlántide al Cáucaso, á estos guerreros-hembras que se quemaban el seno derecho para poder lanzar mejor sus flechas, Theseo les había arrebatado á su reina Antiope, y ellas para vengar la afrenta atravesaron el Bósforo kimeriano (*Yenikale*), subieron por el Quersoneso táurico á la Rusia meridional, y por las orillas del Euxino bajaron á la Grecia hasta llegar á Aténas, en donde Theseo las venció y las destruyó.

Este hecho era un dogma de fe patriótica, lo mismo para el sabio que para el ignorante en Aténas.

Theseo fué el que á fuerza de astucia logró reunir á las diversas fratrias en una ciudad, que reconocía por centro el *prytaneyon* del Akrópolis, es decir, el hogar de la ciudad, que era el ara de Athené. Con este motivo instituyó, en honor de la diosa *las panateneas*.

Empeñado en una aventura peligrosa, la bajada á los infiernos, Theseo abandonó el Ática que se vió invadida por los Dioscuros, á consecuencia de otra hazaña amorosa de Theseo, (el rapto de Helena). La popularidad del héroe padeció mucho con esta ocurrencia, y su hermano Menestheo aprovechó la coyuntura para usurpar el poder.

Theseo, á su vuelta, se vió desconocido y murió en el destierro, y su hermano tu-

vo el honor de conducir el contingente griego al sitio de Troya.

Pero no volvió; la suerte lo arrojó á las costas de la Italia, y los hijos de Theseo volvieron al poder.

Reinaba uno de éstos, cuando á consecuencia de la invasion de los dorios en el Peloponeso, la familia de los Nelidas, que reinaba en Pylos, se refugió en el Atica; uno de ellos, Melanthos, obtuvo por premio de su valor el trono de Aténas, del que fué despojado el último descendiente de Theseo.

Melánthos y su hijo Kódros reinaron durante sesenta años.

Los dorios inquietos por la multitud de refugiados en el Peloponeso que habían hallado asilo en el Atica, enviaron un ejército contra Kodros, cuya muerte debía asegurar el triunfo á los atenienses, segun el oráculo.

Los dorios estaban resueltos á respetar su vida; pero el rey ateniense, gracias á un ardid, se hizo matar por los enemigos y salvó á su patria.

Los atenienses decidieron que no habría más reyes en la ciudad, porque ninguno igualaría al que acababan de perder; los eupatridas, como en Roma y como en las otras ciudades griegas, fueron los inventores de este pretexto, para paliar su resolucion de no soportar más reyes y de formar una oligarquía.

Los hijos de Kódros fueron hechos arcontes vitalicios, y el título de rey, (*basileos*), les fué conservado con su carácter sacerdotal.

Desde aquí, la historia de Aténas no es por mucho tiempo mas que una lista de arcontes, sin incidente alguno, (trece desde Medon hasta Alkmeon que empezó su arcontado en 751 antes de J. C). En tiempo de este último, (752), la dignidad de Arkonte dejó de ser vitalicia; sólo podía durar diez años. Hubo siete de estos arcontes.

El último fué Kreon; antes de él el arcontado dejó de ser privilegio de los des-

endientes de Kodros y tuvieron acceso á él todos los eupatridas; en tiempo de Kreon esta magistratura empezó á ser anual y se repartió entre nueve individuos. Así atravesó el arcontado todo el período histórico. Llegamos á la época, (683 antes de J. C.), en que empieza la cronología auténtica de Aténas.

Los nueve arcontes eran el arconte epónimo, que daba su nombre al año, el arconte-rey, el polemarcha y los siete tesmotetas. Sus funciones eran exclusivamente judiciales, y su poder fué declinando.

El senado ó *bulé*, compuesto de patricios, tenía grandes poderes; era el representante legítimo de la oligarquía; pero no recibió el nombre de Areopago (tomado de la colonia de Arés en que celebraba sus sesiones), sino cuando Solon hubo creado una nueva asamblea. Los atenienses le asignaban un origen divino (V. Esquilo. *Las Euménides*) y le tuvieron gran respeto hasta cuando la democracia le hubo arrancado casi todo su poder.

Como los arcontes ejercían sus funciones probablemente en beneficio exclusivo de su clase, los atenienses para disminuir las arbitrariedades impusieron á uno de los tesmotetas, llamado Drakon (624 antes de J. C.), la obligacion de escribir sus *tesmoi* ú ordenanzas para que fuesen conocidas de antemano.

No se trataba de una reforma política, sino de una ley penal, que Aristóteles encontraba demasiado severa, porque el robo y la vagancia estaban castigados con la pena de muerte. Drakon, sin embargo, no hizo nada especial; sus disposiciones eran las acostumbradas en aquellos tiempos por sus colegas, y si algo nuevo introdujo fué mitigando el rigor de los procedimientos contra los homicidas. Solon abolió todas estas disposiciones penales que eran impropias ya de su tiempo.

Era la época en que los tiranos destruyendo las antiguas oligarquías dominaban en la mayor parte de las ciudades

griegas. Un ateniense, Kilon, vencedor en los juegos olímpicos, quiso intentar la aventura en Aténas y con algunos partidarios se apoderó del Akropolis.

El pueblo en masa se sublevó contra el atentado y ayudó á los arcontes á sitiar la roca sagrada. Kylon se escapó y algunos de los compañeros para salvarse buscaron un asilo en los altares, al pié de los cuales se sentaron como suplicantes; el arconte Megakles, descendiente de Kodros, y de la familia de los alkmeonides, temeroso de que fueran á morir de hambre en el lugar santo, les prometió perdonarles la vida.

Confiado en su palabra aquellos desgraciados abandonaron el asilo, y apenas se hallaron en terreno profano recibieron la muerte.

Este sacrilegio causó indignacion, espanto y tristeza en el pueblo. Subió tanto de punto el sentimiento popular, que al cabo de algunos años, toda la familia de los alkmeonides fué sentenciada al destierro por un tribunal especial, y las cenizas de los que habían muerto en el intervalo fueron aventadas más allá de las fronteras.

El destino de los culpables no aplacó la cólera divina; todas las calamidades amenazaban á los atenienses, y las mujeres, sobre todo, eran presas de delirios lastimosos. Aquellos eran los tiempos en que empezaban á adquirir grande influencia las sectas órficas y las cofradías religiosas; eran los tiempos de Pythágoras, de Thaletas, de Onomacritos etc. Epimenides, sacerdote de Zeus en Kreta, era uno de ellos; le llamaban el nuevo Kureta, y su inspiracion, sus dones proféticos y sus conocimientos mágicos y medicinales, fijaron la atencion de los atenienses, que lo llamaron para purificar á la ciudad de la peste y de esa otra peste moral que se había apoderado de las almas. Epimenides levantó altares, estableció ceremonias lustrales y reglamentó el culto de las mujeres, procurando moderar sus raptos frené-

ticos. Cuando los males que aquejaban á Aténas hubieron desaparecido, Epiménides partió; la leyenda cuenta que vivió trescientos años.

SOLON.—(Plutarco, Diógenes Laercio, Grote).—Solon descendía de Poseidon (Neptuno), por Kódros el último rey de Aténas. Su educación, sus viajes numerosos y su buen criterio, le captaron la atención de sus conciudadanos y del gran purificador Epiménides de quien fue amigo.

Solon poseía además el medio seguro de adquirir gran reputación, era escritor.

En aquellos tiempos en que la prosa no nacía aún, todos los escritores eran poetas y nos han quedado algunos fragmentos de los poemas de Solon, serios siempre y algunas veces conmovedores, sobre temas excelentes para desarrollar en noble prosa, pero obligados por el uso de la época á los límites del hexámetro y del pentámetro.

El primer acto de la vida pública de Solon, se refiere á la guerra entre Aténas y Megara que se disputaban la posesión de la isla de Salámis (Salamina). Los atenienses cansados de luchar, habían decidido no escuchar á nadie que les hablase de recobrar la isla; el joven poeta, indignado de esta cobarde determinación, recitó, como si se encontrase en un estado de delirio poético, una composición elegiaca, cuyo resultado fué que los atenienses se decidiesen á volver á la lucha; esta vez, y gracias á los estratagemas de Solon, Salámis fué recobrada. Esto no concluyó la guerra que siguió hasta que, sometiéndose los beligerantes al arbitraje de los espartanos, éstos decidieron la cuestión en favor de Aténas, fundándose en motivos que pertenecían á la leyenda, pero que hacían parte de la fe religiosa de los helenos.

Por entonces, y también promovida por Solon, tuvo lugar la guerra sagrada contra Kirrha. Esta ciudad había sido primero el puerto de la de Krissa, cuyos habitantes habían sido los primitivos poseedores del templo de Pytho.

Pero á medida que en derredor del templo se levantaba la población de Délfos, Kirrha, crecía en importancia, y poco á poco, tanto el puerto como el templo, se hicieron independientes.

Sin embargo, todos los visitantes, y eran innumerables, que se dirigían por mar al santuario, desembarcaban en Kirrha sobre el golfo de Corinto, y los kirrenses les cobraban peajes onerosos; alguna vez ultrajaron á sus mujeres, y en una palabra, vivían á espensas del templo délfico y se concitaron el odio de los griegos.

Solon decidió al consejo anfictiónico por la guerra, en que tomaron parte los tesalios, los de Sikyone y los atenienses.

La guerra duró diez años hasta que la flota de Kleisthenes el tirano de Sikyone, cortó á la ciudad sus comunicaciones marítimas, y la hizo sucumbir.

La ciudad fué arrasada, y la llanura que la rodeaba y que la separaba de Délfos, no volvió á ser cultivada, sino que se convirtió en terreno de pasto, en donde se nutrían los ganados que eran necesarios para los constantes sacrificios del templo.

Desde entonces se celebraron en esa misma llanura los juegos pitios, que tomaron gran desarrollo y cuyos administradores fueron los miembros del consejo anfictiónico.

Esta guerra sagrada, en que no intervino Esparta, muestra cómo los sentimientos panhelénicos ó de confederación de las razas helénicas, renacían y tendían á desarrollarse en cualquiera oportunidad, gracias al influjo de Aténas.

El año de 594, antes de J. C., Solon fué hecho arconte con poderes dictatoriales; las circunstancias lo exigían así.

Los Pediei (hombres del llano) que eran los ricos, los Paralii, (costeños) que eran menos ricos, y los Diakrii, (montañeses), que eran los pobres, luchaban desde hacía tiempo en el Atica; esta guerra civil había tomado creces, complicándose con una lucha social, causada por las riguro-

sas leyes que protegían al acreedor contra el deudor, como en Roma. La pequeña propiedad rural había desaparecido por completo en las garras de la usura, y cuando los acreedores se habían apoderado de las tierras, que les estaban hipotecadas, reducían legalmente á sus deudores y á sus familias á la esclavitud. Solon estaba llamado á remediar esta intolerable situación.

Empezó anulando todas las hipotecas, en su memorable *seisachtheia*; la tierra quedó libre, se proporcionó dinero para rescatar á los deudores que habían sido vendidos en el extranjero como esclavos, abolió la prisión y la esclavitud por deudas, y prohibió al padre vender ó empeñar á su hijo, á su hija ó á su hermana, á no ser que, una ú otra de estas últimas fueran sorprendidas en flagrante delito de incontinencia.

Bajó el valor del dinero de un poco más de 25 por 100, de modo que las deudas bajaron en la misma proporción.

Estas disposiciones, aunque injustas en rigor, curaron el mal social, tan radicalmente, que por este motivo jamás volvió á perturbarse la tranquilidad de Aténas y á pesar de que Solon había violado en masa un gran número de convenios, los atenienses conservan y aumentan desde entonces su respeto por la santidad de los contratos, y el pueblo identificó siempre la conservación de la propiedad, bajo todas sus formas, con la de sus leyes y de su constitución.

Después de estas medidas, y á ruego de sus conciudadanos, Solon reformó la constitución. Distribuyó los miembros de las cuatro tribus jónicas de origen legendario en cuatro clases, aquellos cuya renta anual fuese de 500 medimnos (254 hectol, 43 l.) de trigo ó más, formaban la primera clase; los que recibían de 300 á 500 la segunda, y los que recibían de 200 á 300 la tercera.

La cuarta clase y la más numerosa era

la de los que no poseían una tierra cuya renta anual llegara á 20 medimnos ó dracmas. Solo en la primera clase podían escogerse los arcontes y los jefes principales, la segunda era la de los caballeros, que podían alimentar un caballo y cumplir así sus deberes militares; los de la tercera, formaban la infantería, pesadamente armada. Estas tres clases pagaban una tasa proporcional á las rentas.

Los de la cuarta clase, no pagaban tasa alguna directa y tenían el privilegio de elegir á los arcontes, entre los miembros de la primera clase, que eran responsables ante la asamblea popular en que predominaba la clase inferior.

Éste fué pues un gobierno de ricos (timocracia); pero por la nulificación de los privilegios de sangre y por la responsabilidad de los magistrados ante el pueblo, sirvió de preparación eficaz á la democracia.

Además constituyó Solon el senado *probuleutico* ó que deliberaba previamente, elegido por el pueblo en las cuatro tribus por igual. En estas elecciones como se diría en lenguaje moderno, el pueblo tenía el voto activo, pero no el pasivo. Este senado convocaba la asamblea pública y preparaba y ejecutaba sus decisiones.

La antigua *bulé* ó senado oligárquico, que desde entonces se llama *areopago*, además de sus poderes judiciales, tuvo el encargo de velar por la pureza de las costumbres. En el resto de sus leyes Solon se manifestó más amigo de la industria que de la agricultura, modificó en un sentido literal la legislación testamentaria, derogó las penas rigurosas de Drakon contra el robo, dispuso que en las luchas de las facciones políticas á ningún ciudadano le fuese lícito permanecer neutral, ordenó que los poemas homéricos fuesen recitados metódicamente, etc. Todas estas leyes fueron, probablemente, inscritas y aceptadas sin resistencia y con el objeto de evitarse á sí mismo la tentación de